

AÑO XVIII.—NÚM. 5327.

8 DE MARZO DE 1879.

REDACCION MAYOR 24.

## EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 8 de Marzo de 1879.

### LOS PARÁSITOS DE LA CARNE.

Se ha puesto de moda de algunos años esta parte, comer la carne poco asada, es decir, sangrienta y medio cruda, y no faltan fanáticos que la comen sin preparacion ninguna y sin que haya sentido siquiera el calor del fuego.

Verdad es que la carne poco asada se dijere mejor que la muy cocida; pero tambien lo es que puede adoptarse un término medio sin cansar los órganos digestivos y evitar el inconveniente gravísimo que presenta la ingestion de carnes poco asadas ó cocidas.

Ciertas carnes, la de vaca y ternera, por ejemplo, contienen con mucha frecuencia numerosos parásitos. Los parásitos de estos ruminantes se instalan con gran facilidad en el cuerpo humano, fijándose en sus órganos más recónditos y profundos, y por tal manera, á consecuencia de un «cristobal» sangriento, hemos de resignarnos á vivir, de buen ó mal grado, con tan incómodos huéspedes.

La «cristobal», «cristobal», se propaga desde hace algun tiempo con abundancia tan extraordinaria como inquietante, y generalmente se atribuye la causa al uso, cada vez más generalizado, de la carne apenas asada.

Y, en efecto, la «cristobal» que se observa tan frecuentemente en nuestros días, no es la «cristobal» que proviene del cisticerco del perro, sino la «cristobal» humana, mucho más activa que la precedente, y que es propia de los ruminantes.

Los señores Masse y Pourquier, de Montpellier, acaban de verificar algunos ensayos que demuestran perfectamente el origen de la «cristobal» humana, y su modo de transmitirse al hombre. En Montpellier y en Certe la «cristobal» inerte se halla literalmente salmualizada en las personas; y de aquí que los experimentadores hayan podido estudiarla con desprecio. Han tomado, por ejemplo, anillos de «cristobal» cargados de huevos, y el 10 de Mayo último los hicieron tragar á un perro, á un conejo, á dos corderos y á una ternera de un mes. Tres dias después se renovó la ingestion de los anillos de la «cristobal».

A los cuarenta dias mataron uno de los corderos, el conejo y el perro, y no se halló en ninguno de ellos la menor señal de cisticerco, ni en los músculos ni en las vísceras, pero la ternera, veinte dias después del experimento, empezó á presentar síntomas de enfermedad, y de esta suer-

te fué agravándose su estado hasta el sexagésimo dia, en que fué muerto el animal, y se le encontró entre la lengua y los grandes molares un quisto, y cuarenta más con cisticercos de forma casi ovoidea y de las dimensiones de judías pequeñas. Estos cisticercos eran todos de la «cristobal» inerte.

Por lo tanto, y como nada se halló en el perro, en el conejo y en el cordero, esto parece demostrar que no son favorables al desarrollo de los huevos de la «cristobal» inerte; y siendo así, el hombre no contrae por medio del conejo ni del cordero el temible parásito de que nos ocupamos. La ternera y la vaca son, pues, los que, inficionados del mal, lo comunican al ser humano por medio de sus carnes.

Habian sido ya demostrados estos hechos en Rusia por Chuboid, en Alemania por Leuckart y en Francia por Saint Cyr. M. Potain asistió una mujer que sufría la «cristobal» inerte desde un dia que comió corazón de vaca poco cocido. M. Hanne observó tambien casos análogos en personas que solo se alimentaban de carne de vaca poca cocida.

Los señores Masse y Pourquier han observado que el ganado vacuno que adolece de lepra, tiene quistos bajo la lengua. Esto es tambien el síntoma que sirve para reconocer la enfermedad en los cerdos; y así el reconocimiento de la lengua de los cerdos sería bastante para que no fuesen al matadero muchos infestados del cisticerco armado, resultando de aquí que los casos de la «cristobal» humana se harían relativamente raros. Por la misma razon debería inspeccionarse la lengua de las vacas y terneras, lo cual evitaria consumir carnes que pudieran comunicar la solitaria.

De todas modos, bueno es que el público sepa en qué consiste el peligro de las carnes de vaca, y que uno de los medios más eficaces de evitar ciertas contingencias, consiste en comerlas bien asadas ó bien cocidas. Por eso las personas que por motivos de salud están necesitadas de comer carne medio cruda, deben hacer uso del carrero solamente, porque todo parece indicar que este animal no es favorable al desarrollo de los parásitos.

En la carne de res vacuna se han descubierto por los experimentadores 15 ó 16 clases de ontozoarios, de los que 10, al menos, son comunes al hombre, á la vaca y ternera.

Ultimamente, Prosper Sonsino descubrió tambien en las vacas una de las mas curiosas especies de ontozoarios, hallada en 1851 por M. Bithary, y que se desarrolla en el ganado vacuno en pleno aparato circulatorio, esto es, el «distoma bimatobium». Este ontozoario se ha

concentrado en la vena porta de la vaca y en una especie de mono, llamado el Mangabey, que se cria en Africa.

Para destruir estos parásitos se necesita una temperatura de 150 grados, si no mayor. Cuando la carne solo recibe el calor en la superficie, es decir, cuando está á medio cocer ó asar, un termómetro colocado en el centro del pedazo no señala más de 50 á 70 grados; y como esta cifra señala tan distante de los 150 requeridos, los parásitos continúan viviendo, si no se hace subir la temperatura, pasan intactos al hombre y en él se desarrollan con gran facilidad. Y como todo nos persuade tambien de que las lombrices provienen de los animales que comemos, no nos causaremos de recomendar al público la mayor vigilancia en las carnes que sirven para su alimentacion, encareciéndole al propio tiempo que, á pesar de la moda que prescribe lo contrario, no coman ninguna que no se halla asada ó cocida de manera conveniente, y en especial la de vaca, cerdo ó ternera. — E. DE PARVILLE.

### MISCELANEA.

#### EL MUNDO Y SU CARTELLO.

Era muchacho de unos quince años Rodrigo Diaz, cuando ya habia dado nuestra de su vocacion de guerrero.

Criábase en Burgos, en cuya catedral un tio canónigo tenia, poseedor, entre otros bienes, de una gran yeguada.

—Ven conmigo, muchacho,—dijo un dia el buen canónigo,—que regalarte he un caballo á tu gusto elegido, par que á guerrear aprendas.

Y llevándole á la magnífica dehesa, puso á su lado y mandó que uno á uno por una puertecilla excusada fuesen saliendo al campo los potros.

Y uno á uno, en afecto, muy hermosos caballos, salian, y el futuro Cid como muerto callaba.

Acertó á salir entre tantos un potrillo enfermizo, delgado, lleno de mataduras y, en verdad repugnante animal.

Al verle Rodrigo, exclama:

—¡Altó! Tío, ese caballo es lijo.

—¡Babiécal!—repite amostazado el canónigo.—¡Esa almaña quiere!

—Babiécal, pues será su nombre, y el tiempo dirá lo que el potro fuere.

Y el tísico penop fué, en efecto, el gran corcel de batalla que montó siempre el memorable guerrero, que sobrevivió al Cid, y el solo derrotó á los moros, llevando al dorso la armadura completa de su célebre dueño, á quien vivo creían los infieles.

La filoxera del caballo.—Le Danube, periódico de Viena, publica un suelto capaz de hacer desesperar á los que creen en la eficacia de las tinturas regeneradoras del caballo. Dice así:

«Un entomologista vienés acaba de hacer un invento que tendrá un eco universal. Tras largos y pacíficos estudios microscópicos sobre los infusorios, halló en la raíz del caballo un insecto cuya presencia coincide con la aparicion de la alopecia, llamada vulgarmente calvicie. Múltiples y repetidos experimentos le han demostrado científicamente que el sistema capilar humano tiene su «filoxera» como la viña. La acción de este infusorio es sumamente perniciosa. Los jugos capilares disminuyen rápidamente, el cabello cae, el insecto se queda aun en la alveola radical hasta desecarla completamente; vean V después, cuán quiméricas son las promesas de los fabricantes de aguas maravillosas para la regeneracion del caballo.»

### VARIEDADES.

#### GUARDENE V. EL SECRETO.

Chito, el muchacho de la familia de lindo tallo, de labios rojos y de sonrisa tan hechicera, que en un momento

fué para ella mi pensamiento.

La pedí en secreto, pues la quería,

pero la niña con mil ruborres en su semblante

dijo al instante que con el tiempo... lo pensaría.

Fué una modesta mi amor segundo,

bella cual poco hay en el mundo;

la ví en un baile y al otro dia

la dije todo lo que sentía:

miróme atenta de arriba á bajo

la que me dijo: tiene que ver

y contestóme con desparpajo...

Lo pensaré.

De tallo esbelto cual la palmera

una doncella fué la tercera

que mi cariño llegó á escuchar,

pero con frase muy risueña,

frase que á veces no tiene par,

me dijo atenta

en la respuesta: la que buscaba

de las palabras para eligirlas

en el mercado

de la plazuela de San Martín,

que calmaria mi fuego

para luego

si no iba... con mal fin.

Fué mi amor cuarto Adelina,

mujer tan bella y divina

que causó mi admiracion;

seguí su paso constante,

y con timidez bastante

la declare mi pasión.

En distintas ocasiones